

34. Cuatro argumentos en defensa de la eliminación de la televisión¹⁵⁹

Hace varios años leí algo sobre un hombre que estaba tan harto de las monsergas en su televisor que voló la pantalla de un disparo. De entonces acá, las monsergas son peores —no hay mal que por bien no venga— y ahora aparece *Four Arguments for the Elimination of Television* (Cuatro argumentos en defensa de la eliminación de la televisión) (Morrow, 1978), escrito por un ex ejecutivo publicitario con el inverosímil nombre de Jerry Mander, que nos dice exactamente lo que tenemos que hacer. Destruir un solo televisor no resolverá el problema. Mander dice que debemos *exterminar* la televisión totalmente.

No está de broma. Mander defiende que la naturaleza de la televisión es tan insidiosa que «no es reformable». La compara al armamento militar. No se puede rehabilitar una bomba. «La televisión debe ser eliminada por completo.» De lo contrario la sociedad irá derecha hacia las pesadillas de *Un mundo feliz* y *1984*.

En opinión de Mander los Estados Unidos ya son una dictadura de castas. El Gran Hermano es el Gran Comercio. Únicamente el Gran Comercio tiene acceso a las cadenas de televisión. Esto le permite controlar la programación y emplear la televisión para reducir a los espectadores a robots. Incapaz de distinguir entre realidad y fantasía televisiva, el homogeneizado y magnetizado público sufre un lavado de cerebro dirigido a la compra de un sinnúmero de productos que nadie necesita. El rico se hace aún más rico mientras que los embaucados consumidores, sentados como en trance ante las pantallas de sus televisores, van deteriorándose poco a poco, mental, emocional y físicamente.

Si Mander hubiera escrito únicamente su primer capítulo sobre los efectos nocivos de la televisión, y luego hubiera utilizado el resto del libro para mostrar por qué no se puede reformar la televisión, para explicar cómo eliminarla definitivamente y explorar las implicaciones de un paso tan radical, su libro podría haber sido digno de ser leído. En lugar de eso, Mander da muchos rodeos, detallando males que ya conocemos y mezclándolos con males dudosos que ignoramos.

Todos nosotros tenemos conocimiento del monstruoso poder publicitario de la televisión. Todos sabemos que la televisión corrompe la democracia, ocultando el verdadero carácter de los líderes políticos tras unas imágenes televisivas cuidadosamente ideadas. Todos sabemos que cada año son más las personas que se colocan durante largos períodos pegados a la caja tonta. ¿Quién duda que los niños teledictos estarían más sanos jugueteando al aire libre y al sol? Desgraciadamente, Mander no se contenta con lo obvio; tiene que insistir en sus argumentos hasta el límite de la pseudociencia.

Consideren a John Ott, un ex banquero que publicó un libro en 1973 titulado *Health and Light* (Salud y luz). Según Ott, todas las luces artificiales son perjudiciales, pero algunas lo son más que otras. La luz fluorescente es particularmente nociva. Cuando es rosa hasta puede producir cáncer en ratas. La televisión en color emite luz visible menos peligrosa que la televisión en blanco y negro porque la luz de aquella abarca un más amplio espectro, pero nos perjudica más porque también emite rayos X. Si examinan la sección dedicada a Ott en el gran tratado científico *The Secret Life of Plants*¹⁶⁰ (La vida secreta de las plantas), obtendrán más detalles sobre la razón por la que Ott considera la «desiluminación» tan peligrosa como la desnutrición. Su «instituto de investigación» de Sarasota ha demostrado que la televisión en color convierte a los niños en seres hiperactivos, marchita las plantas de judías y reduce las camadas de las ratas que viven en un radio de cuatro metros y medio. Mander se toma todo esto en serio. Considera absolutamente posible que la televisión en color pueda producir cáncer en el hombre.

Y eso no es todo. Comentando el libro de Anne Kent Rush *Moon, Moon* (Luna, luna), explica la existencia de cierta correlación entre las longitudes de onda de la luz y las «resonancias» de la comida. A menos que la luz que nos llegue presente las longitudes de onda adecuadas, el hierro o calcio de nuestros alimentos no será beneficioso. También son importantes los colores de los alimentos. Para dolencias de pulmón es bueno comer alimentos blancos como los nabos. Para problemas de

corazón, se deben comer alimentos rojos como las remolachas. Los intestinos necesitan alimentos rosas, y el bazo los necesita verdes. Mander se lo traga todo. Sospecha que la luz fosforescente que emite la televisión en color, «proyectada a 25.000 voltios directamente a los ojos humanos y de ahí al sistema endocrino», nos está perjudicando.

La televisión no solamente está inundando nuestros cuerpos de horrendas vibraciones, sino que también satura nuestras mentes de terribles imágenes — imágenes que destacan la guerra sobre la paz, la violencia sobre la no violencia, el carisma sobre la producencia, el sexo sobre el amor, lo bizarro sobre lo normal, y así sucesivamente. A título de refuerzo de sus ideas de que tales imágenes pueden dañar nuestra salud («ver *Kojak* significa absorber su carácter»), Mander cita la «terapia autógena» de J. H. Shultz. Esta novedad curativa europea conduce a la gente a través de imaginarios recorridos por su interior, «descubriendo visualmente sus órganos... e imaginándolos funcionales y sanos». Carl Simonton emplea una «terapia de imagen» similar para curar el cáncer¹⁶¹. Las buenas imágenes curan; las malas nos hacen enfermar.

Mander alcanza las máximas cotas de absurdo cuando acusa a la pantalla de televisión de constituir un sustituto artificial del mundo real. Para empezar, la pantalla es plana. Mander también nos recuerda, que Dios me ayude, que no puede aportarnos sabor, olor ni tacto. (Quizá ustedes pensarán que señalaría cómo la televisión en color es mucho mejor que las películas en blanco y negro, pero su libro está desprovisto de sutilezas como ésa.)

Y lo que es peor, las imágenes televisivas cambian continuamente de forma abrupta para mantener nuestra atención. El mundo real no se comporta así. Hasta el movimiento en la pantalla, explica, es falso; es una ilusión producida por pequeños puntos que centellean a medida que la pantalla es explorada por un haz de electrones. Nunca se le ha ocurrido a Mander que fijar la vista sobre una página impresa, cosa que me vi obligado a hacer durante varias horas con el fin de

terminar su mentecato e irrelevante libro, significa mirar fijamente a algo aún menos parecido al mundo real que la televisión.

Cerca del final de la diatriba de Mander, quedé muy sorprendido cuando llegué a su revelación del modo en que la sociedad puede abolir la televisión sin abolir la tecnología. Resulta que él también desea abolir la tecnología. Bueno, no tanto: sólo la que sobrepasa una determinada línea. ¿Y dónde está esa línea? Se trata de la línea más allá de la cual las operaciones de la tecnología resultan «demasiado complejas de entender para la mayoría de la gente».

Mander se da cuenta de que esto supone un gran alarde. Desea acabar del todo con la energía nuclear, la comunicación por satélite, la tecnología de microondas, la tecnología del láser, los bancos de datos, la ingeniería genética y «miles de procesos más». Tendríamos que renunciar seguramente a los ordenadores, coches, aviones, barcos, teléfonos, radios y películas. Tendrían que desaparecer las lavadoras (¿quién sabe cómo funcionan sus programadores?), incluso los modernos retretes con cisterna. ¿Conoce Mander lo suficientemente bien su máquina de escribir como para repararla? ¿Escribió su libro con una pluma de ave?

Mander es plenamente consciente de que la tecnología avanzada no puede ser abolida sin derrocar al capitalismo. Una revolución como esa, admite Mander con su alegre candor característico, resultaría más fácil que reformar la televisión. Podríamos asimismo, según sus poco afortunadas palabras, ir por el mal camino.

Una vez derrocado el capitalismo, ¿qué ocupará su lugar? El socialismo no, porque Mander nos asegura que el control estatal de la televisión, como sucede en la democrática Suecia o en la totalitaria Unión Soviética, es tan malo o peor que el control del Gran Hermano Comercio. No obstante, finaliza su libro sin dar más pistas acerca de la naturaleza del nuevo orden que tan apasionadamente desea, de las que podría haber expresado cualquiera de los líderes de la vieja Izquierda Nueva. Sólo podemos hacer conjeturas. Es de presumir que se trate de alguna forma de anarquía agraria —todo el mundo a las granjas, a vivir una vida sencilla.

Natural de Nueva York y graduado en la Wharton School de Finanzas y Comercio, Mander dedicó quince santos años a las relaciones públicas y la publicidad antes de descubrir el yoga, los mandalas, el movimiento ecológico y lo mucho que odiaba su trabajo. Su agencia de publicidad de San Francisco fue responsable del gran concurso de aviones de papel de *Scientific American*, y el único libro anterior de Mander trata del modo de hacer juguetes de esos. Al menos el hombre que disparó sobre su televisor destruyó un aparato. Los destructores de maquinaria británicos se encargaron de machacar cientos de sus odiadas máquinas. En la contraportada del libro de Mander, el editor de *Film Quarterly* le compara a David y su honda. Es una metáfora ingenua. El libro se parece más a un bombardero de papel hecho con un *kleenex* doblado y lanzado contra el viento en la dirección general de la Madison Avenue.